

Lola Arias
“Los posnucleares”

A partir de medianoche, se paran en la estación de servicio para mirar los autos que pasan por la Avenida del Libertador. La madre obesa y el hijo retardado son dos esculturas humanas hipnotizadas por el oleaje de las ruedas y las luces de los autos. Como idos frente a un televisor invisible, no hablan entre sí. A veces, toman Coca-Cola de una botella de plástico de litro y medio. A veces, el niño retardado se mueve haciendo danzas espásticas frente a los autos.

La madre obesa, de alrededor de cincuenta años, lleva el pelo salpicado de canas y tiene la piel rojiza de mujer del campo. Con respecto al niño, es difícil adivinar su edad, tiene cuerpo de doce pero porta bigotes y ojos mafiosos que le dan un aire de dieciséis.

Es probable que el padre los haya abandonado un día sin dar explicaciones. También puede ser que el padre haya muerto en un accidente de auto y que, por eso, ellos permanecen toda la noche frente a la avenida como si fuera un cementerio o como si esperaran que el fantasma del padre pase manejando con la ventana abierta.

Madre e hijo nunca conversan con la secta de las señoras de bocas postizas, ni con las rubias gimnastas, ni con las sirvientas indígenas, ni con los perros con tapadito, ni con los hombres quemados por el sol que habitan la zona. Es casi imposible verlos a la luz del día. Raramente se los puede encontrar por la tarde en el supermercado, dando vueltas en cámara lenta en busca de leche o arroz.

Desde mi balcón los veo quedarse hasta la madrugada en muda contemplación de la avenida. A veces yo misma me duermo sin que hayan cambiado de posición. Son como dos filósofos de la velocidad o dos soldados en viaje de heroína o dos robots enamorados de los autos.

Muchas veces pensé en hablarles pero cada vez que estoy cerca de ellos algo en su forma de mirar me dice que no debo molestarlos. Creo que ellos me reconocen y saben que yo también soy del vecindario. Sobre todo, el niño retardado me mira con ojos como puñales cuando pasa cerca de mí haciendo temblar sus brazos y sacudiendo su cabeza. Cada paso de sus piernas está acompañado por una serie de movimientos destartalados e inconscientes que le dan a su andar un ritmo de cine mudo.

No creo que el niño retardado se haya enamorado de alguien todavía, pero se percibe que su deseo es voraz como el que de todos los púberes. La madre obesa tampoco debe tener un novio. Tal vez de vez en cuando se acuesta con un desconocido cuando el niño está en la escuela para niños con problemas.

La madre ya debe haber pensado en lo que hará con el deseo del niño. Muchas madres contratan prostitutas para iniciar a sus hijos retardados y otras hacen citas especiales con otras niñas retardadas de la escuela. Cuando dos madres de retardados deciden aparear a sus hijos, los dejan solos en un cuarto mientras esperan afuera tomando el té como dos guardaespaldas. Pero ella no sabe aún qué es lo mejor para el deseo sexual del niño; por el momento, lo que más le gusta hacer es ir a la avenida a ver pasar los autos.

Es difícil imaginar qué hacen durante el día, considerando que pasan casi toda la noche sin dormir. Tal vez la madre se despierta al mediodía para arrastrar al niño a la escuela o tal vez

el niño no va a ninguna escuela y pasa el día soñando con autopistas o tal vez ninguno de los dos duerme jamás.

Tampoco se entiende por qué habitan en un barrio rico cuando es evidente que la madre no trabaja y el niño no puede ganar dinero. Quizá reciban alguna ayuda: el padre divorciado que envía cheques, los abuelos que dejaron herencia, un subsidio estatal. De cualquier manera, tampoco deben gastar mucho. Casi siempre visten la misma ropa. El niño un pulóver verde y un pantalón de jean. La madre una campera azul y una pollera larga y gris como una frazada de campamento.

Tal vez vivan en los departamentos baratos que están sobre el supermercado chino y escuchen las discusiones en chino de las familias chinas y toda la noche sientan en su almohada la luz del cartel del supermercado que cuelga de su balcón. Tal vez incluso el niño retardado tenga una pequeña amiga china con la que mira películas chinas sentados en cajas de cartón.

O probablemente vivan en alguna planta baja de un gran edificio, en los departamentos en miniatura donde viven los porteros. Quizás incluso el padre del niño fue un portero que se arrojó de una terraza y los inquilinos no tuvieron el coraje de dejar a la familia en la calle.

Y tampoco sería descabellado suponer que sean ricos pero vistan como pobres porque son anarquistas, porque son distraídos o porque simplemente no les importa lo que digan los demás de su aspecto y de su forma de vivir. Porque al fin y al cabo, hay algo melancólico y altivo en su pose nocturna que les da un aire aristocrático.

No me acuerdo cuándo fue que comencé a llamarlos los posnucleares. Pero sé que les puse ese nombre porque parecen sobrevivientes de una guerra nuclear futura. De pie frente a la avenida con el pelo movido por el viento de los autos que pasan, dan la sensación de que miran hacia el pasado, que recuerdan un mundo que ya no existe.